

aquella que negara la realidad de los estados de conciencia, y pretendiera convertirlos en ilusiones engañosas, con la cual sería inconciliable» (1).

Los datos inmediatos de la experiencia son pues *reales*. Pero los datos concretos de la experiencia implican *dos elementos*, aunque inseparables, distintos: el *contenido* y la *aprehensión* de este contenido, ó sean el *objeto* de conciencia y el *sujeto* consciente. El punto de vista subjetivo pertenece á la *psicología*, y el punto de vista objetivo á las *ciencias de la naturaleza*. La psicología estudia los datos concretos de la conciencia en sus relaciones con el sujeto; de aquí que la experiencia interna del psicólogo es *inmediata*, en todo el rigor de la palabra. Las ciencias de la naturaleza, por el contrario, prescinden en lo posible del sujeto, y se aplican exclusivamente á determinar la naturaleza y las relaciones recíprocas de los objetos. Estas ciencias se relacionan con la experiencia de una manera menos inmediata que la psicología; el psicólogo contempla los datos de la experiencia directamente, por intuición; el observador de la naturaleza los considera más bien mediante un proceso ideal, y en este sentido, la observación científica es mediata. De lo cual resulta en las ciencias de la naturaleza, que sus objetos separados idealmente de la realidad concreta, con

(1) Wundt. *Philosophische Studien*, 1896 § 22, *Ueber die Definition der Psychologie*.

la cual aparecen unidos en la conciencia, se encuentran como suspendidos en el vacío, y que la inteligencia del observador se vea obligada á suponerles un *abstractum*, como es la materia ú otra cosa análoga. Son éstas, nociones subsidiarias (*Hilfsbegriffe*) de significación hipotética, de las cuales la psicología, la ciencia de la experiencia inmediata, no tiene necesidad alguna.

La psicología es consiguientemente, por definición, la ciencia rigurosamente inmediata de los datos concretos de la conciencia (1).

Pero no se presentan éstos como objetos dotados de propiedades permanentes, sino en forma de fenómenos en sucesión continua, de *actos* encañados, y estos actos son el objeto de la psicología «La *teoría de la actualidad*—dice Wundt—no quiere decir otra cosa. Con ella no pretendo expresar una hipótesis interpretativa de los procesos psíquicos; me limito á hacer constar una propiedad que de hecho les pertenece. Deseo que se tomen los datos inmediatos de la conciencia por lo que realmente son, por actos cuyo enlace mutuo debemos tratar de comprender y de interpretar; y soy de parecer que esta es la ley primordial del método en psicología. Si hablo de una *teoría* de la actualidad, es nada más por oposición á la concepción antigua de la psicología, que yo llamo la «teoría de la *substancialidad*». Antiguamente definíase la psicología, la ciencia del alma; y los psicólogos, así

(1) *Philosophische Studien*. § 23, 21, 46.

materialistas como espiritualistas, buscaban la explicación de los actos psíquicos en un *substratum*, que se creía totalmente distinto de éstos, es decir, en la substancia-alma. Ahora bien; las substancias no caen bajo las informaciones inmediatas de la conciencia, y por eso el psicólogo no debe ni puede afirmarlas ni negarlas (1). De consiguiente, si la psicología es *la ciencia de la experiencia inmediata* (2), deben desterrarse de sus dominios «las hipótesis metafísicas».

¿A qué conclusiones lleva el estudio de los actos, cuya serie desfila ante la vista de la conciencia? Estas conclusiones se resumen en una teoría á que, por oposición al *intelectualismo* de los antiguos psicólogos, Wundt da el nombre de *voluntarismo psicológico*.

Debido á la universal influencia de la concepción cartesiana, los psicólogos se habian acostumbrado á ver en la experiencia *externa* y en la *interna* dos procedimientos antagónicos, totalmente opuestos uno á otro. A la experiencia *externa* adquirida por medio de los sentidos externos, se atribuía el conocimiento de los objetos de la naturaleza dotados de propiedades permanentes, independientes de las modificaciones que en cada momento sufre el sujeto que las percibe; y á la experiencia *interna*, cuyo origen está en el sentido *interno*, se referían los estados subjetivos. De este modo se asignaba por objeto á

(1) *Philos. Studien*, § 36.

(2) *Grundriss der Psychologie*. Leipzig, Engelmann, 2te. Aufl. 1897. § 1 u. 7.

las ciencias de la naturaleza los datos de la experiencia externa; y á la psicología los de la experiencia interna.

Puestos en esta vía, fueron los psicólogos aún más lejos; como se tomaban los objetos de los sentidos internos por copias ó imágenes de objetos exteriores, llegóse á atribuir á los primeros las mismas propiedades objetivas permanentes, que ya antes se habian fijado para éstos. De donde se sacó esta conclusión general: «que las representaciones conscientes tienen su objeto, lo mismo que las percepciones externas; que este objeto puede ya desaparecer del campo de la conciencia, ó reaparecer en él, y, según el grado de excitación exterior ó de atención interior, ser más fuerte ó más débil, más claro ó más obscuro; pero que en el conjunto conserva siempre ciertos atributos cualitativos absolutamente invariables» (1). Hay aquí, dice Wundt, un error, que consiste en realizar nuestras representaciones; es decir, un falso *intelectualismo* (2).

Este primer error dió origen á otro segundo. Habiendo tenido el privilegio de fijar preferentemente la atención de los psicólogos el carácter *objetivo* de los fenómenos de la conciencia, fueron considerados como primitivos los hechos representativos ó «intelectuales», y como secundarios, que se trató de derivar de los primeros, el sentimiento y la volición. Los *asociacionistas*,

(1) *Grundriss der Psychologie*, 2te. Aufl., § 16, Leipzig, 1897.

(2) *Ibid.*

en efecto, y Herbart antes que éstos, aunque por caminos distintos, se propusieron hacer derivar de representaciones elementales el origen de los actos psíquicos los más diversos y complicados.

Ahora bien, dice Wundt, el intelectualismo falsea los datos de la experiencia inmediata. Porque, á decir verdad, no hay dos experiencias de naturaleza diferente, una externa y otra interna; todo objeto de la naturaleza es también objeto de la psicología; el mineral, el vegetal, un sonido, un rayo de luz corresponden á las ciencias llamadas mineralogía, botánica y física, nadie lo niega; pero en cuanto estos objetos despiertan en nosotros distintas representaciones, pertenecen también á la psicología. Á la vez, nuestros estados internos, por ejemplo, las afecciones y las determinaciones voluntarias, son extraños á las ciencias de la naturaleza, pero tienen relaciones inmediatas é insolubles con las representaciones exteriores, y, por lo mismo, también con las ciencias de la naturaleza. No hay, pues, razón para oponer la experiencia interna del psicólogo á la externa del observador de la naturaleza, y, por tanto, el intelectualismo carece en absoluto de base.

Á este intelectualismo de la psicología antigua o pone Wundt, en nombre de una interpretación más rigurosa de los hechos, el *voluntarismo psicológico* (1).

(1) *Philos. Studien*, § 51.

La atención del psicólogo, dice él, no debe limitarse á la *representación*; y, dentro del fenómeno representativo, debe también rechazarse el exclusivismo en favor del aspecto *objetivo* del mismo. La conciencia real y viviente nos revela un hecho complejo procedente de un sujeto; y este hecho es *un todo indivisible*, en el cual los elementos volitivos intervienen lo mismo que los representativos. No se da, en efecto, representación pura, aislada de todo elemento volitivo, como tampoco existe volición sin algún elemento representativo; representación y voluntad son dos abstracciones. Y lejos de ser la representación, la que exclusivamente deba encerrar dentro de sí al objeto, todo acto psicológico donde va incluida alguna representación es, en su origen, esencialmente subjetivo.

Debe, por tanto, dejarse á un lado toda concepción psicológica, que al modo de la teoría intelectualista, se propusiera como fin el estudio de los *objetos* grabados en la conciencia en su entidad absoluta. La conciencia tiene como término inmediato, no objetos, sino hechos (fenómenos en sucesión); no realidades absolutas, sino actos que se verifican en el curso de una serie sucesiva. El objeto inmediato de la conciencia, dice Wundt, y, por consiguiente, de la psicología experimental, es *una serie de procesos*. «Los hechos psíquicos son *fenómenos en sucesión* y no objetos; como todo fenómeno, éstos *se suceden en el tiempo*, y

nunca son los mismos en dos momentos diferentes» (1).

Considerados desde este punto de vista los procesos volitivos, tienen una significación propia y característica, la de poder representarse bajo este concepto todos los fenómenos de la vida psíquica, sin exceptuar los actos intelectuales, sobre el modelo de la volición, viéndose así que la ley general y común á todos ellos es la de «verificarse en el tiempo». Pero de aquí no se sigue que se deba convertir esta analogía cómoda en tesis objetiva, como si pretendiéramos reducir todos los procesos psíquicos á actos de volición. Nada está más distante que esto del pensamiento del filósofo de Leipzig.

El *voluntarismo psicológico* no tiene, después de todo, otro fin que el de restablecer, contra el intelectualismo que las ha desnaturalizado, la sinceridad de las informaciones de la conciencia; puede resumirse en las tres siguientes proposiciones: La experiencia interna, origen de las informaciones de la psicología, no constituye un dominio aparte, sino que es pura y simplemente la *experiencia inmediata*. La experiencia inmediata no se refiere á las cosas en reposo, sino á un flujo continuo de hechos sucesivos; no tiene como fin los objetos, sino los *procesos*, que no son sino la *sucesión de fenómenos común á toda la vida humana*, considerados éstos en sus mutuas relaciones. Cada uno de estos procesos ó series

1) *Grundriss*, § 17.

posee un contenido *objetivo*; pero es al mismo tiempo un acto *subjetivo*; participa, pues, de las condiciones generales del conocimiento, y de todas aquellas á que se subordinan las acciones humanas (1).

Como se ve, el *voluntarismo* que acabamos de describir no sale de los límites de la psicología experimental, y lo mismo que la teoría de la *actualidad*, permanece alejado de la metafísica. Parece que el sabio psicólogo de Leipzig, antes de abordar el campo de las hipótesis y de pasar á la filosofía, ha querido asentar bien los datos de la experiencia inmediata. Bien pronto encontraremos en Wundt una nueva forma de voluntarismo, pero de orden metafísico, que de ningún modo puede confundirse con su voluntarismo psicológico.

Distingue en el conocimiento tres grados, correspondientes á la vida práctica, á las ciencias particulares y á la filosofía; á los cuales llama respectivamente *intuición* (*Wahrnehmungs*), *entendimiento* (*Verstandes*), y *razón* (*Vernunftkenntnis*) (2); y á pesar de que estos grados no le parezcan ni específicamente diferentes, ni rigurosamente definidos, establece, fundado en esta diversidad de grados, una *jerarquía del saber*. La experiencia es la base; las ciencias particulares analizan, interpretan y corrigen, cada una en su dominio, los datos de la experiencia

(1) *Grundriss*, § 18-19.

(2) *System*, § 108.

La filosofía prosigue de una manera universal el trabajo esparcido y aislado de las ciencias; coordina los conocimientos generales adquiridos, y comprendiendo en su conjunto los resultados de la experiencia, deduce, por medio de la razón y del sentimiento, una concepción del mundo y de la vida. Establecida así sistemáticamente la unidad del saber humano, no debe limitarse ésta á resolver las contradicciones aparentes de las ciencias en la interpretación de los hechos; sino que, apoyándose siempre sobre las ciencias como sobre sus legítimas bases, puede muy bien sin temor alguno, y para completar la comprensión de la realidad, traspasar en sus deducciones los límites de la experiencia.—He aquí bien definido el pensamiento de Wundt (1).

Por otra parte, si el objeto de la filosofía es, en su universalidad, el mismo que el de las ciencias particulares, no sucede lo propio respecto del punto de vista en que aquélla se coloca, el cual es doble. En efecto, (y sobre esta base establecerá la *división*), la filosofía debe proponerse dos cosas: primero, examinar los medios de que dispone el espíritu para entrar en posesión del saber humano; y en segundo término, una vez concluida esta tarea, y adquirida por el espíritu la posesión de este saber, estudiarlo *en los principios* sobre que se funda. Lo primero corresponde á la Lógica, á la Criteriología y á la

(1) *System*, pp. 18 y 21.

Metodología; y lo segundo á las Metafísicas especiales de la naturaleza y del espíritu, y á la Metafísica general (1).

La exposición de tal sistema filosófico, en el que, como dice Wundt, «la Metafísica ocupa el centro», no podía menos de causar sorpresa, y debió parecer extraordinariamente reaccionario, en una época precisamente en que el empirismo estaba más en boga que nunca; por eso la publicación en 1889, y en Alemania, de la obra *System* por el eminente profesor de Leipzig fué un acontecimiento; y los títulos de médico y de psicofisiólogo, que habían dado al autor renombre universal, contribuyeron grandemente á aumentar la sorpresa del mundo sabio. Las 600 páginas en abultado volumen del *System*, presentadas como conclusión de una vida de laboratorio y de trabajos experimentales, debían ser elocuentemente instructivas.

Ya desde el prefacio, Wundt, que no ignoraba el efecto que su obra estaba destinada á producir, se preparó á definir concretamente el *carácter de su metafísica*. «Debo declarar de antemano, dice, que en mi pensamiento la metafísica no es á modo de poema nutrido de ficciones, ni tampoco un sistema *a priori* construido por la razón; mis intenciones son, al contrario, de dar á la metafísica por base la experiencia, y por método único el que se emplea en las diversas ciencias particulares, y que consiste en

(1) *Ibid*; pp. 33-34.

referir los hechos unos á otros por medio del principio de razón suficiente» (1).

Examinemos brevemente este *principio de razón suficiente*, que Wundt coloca en la base de todo su sistema de metafísica; este análisis es tanto más necesario, cuanto que representa un papel de capital importancia en el estudio de las ideas transcendentales.

Este principio, importado por Leibniz, al decir de Wundt, en la filosofía, constituye la ley que nos obliga á referir unas á otras todas las partes del saber humano, á fin de que el enlace de las mismas esté exento de contradicciones; la ley según la cual une el espíritu, por medio del razonamiento y de la consecuencia, los objetos del pensamiento, y establece entre ellos relaciones de dependencia (2). No es solamente este principio, como el de identidad, una ley del jui-

(1) Continúa Wundt en estos términos: «Entiendo que la metafísica debe tener por objeto propio, no ya restringir estas relaciones á determinados dominios de la experiencia, sino que debe tratar de extenderlas á la totalidad de la experiencia. Que el problema de la ciencia no pueda resolverse si no es acudiendo á presuposiciones que no se encuentran en la experiencia, es una verdad bien conocida en las ciencias experimentales. Así creo yo, que la metafísica filosófica no tiene necesidad de reconstruirse enteramente de nuevo, puesto que tiene ya su punto de partida en los elementos que, por hipótesis, le son suministrados por las ciencias particulares. A ella le corresponde examinar lógicamente estos elementos, hacerlos concordar unos con otros, y reunirlos en un todo exento de contradicciones. Podría alguien dudar si debe conservarse el viejo nombre de metafísica, para designar un examen de este género; pero yo creo que, desde el momento en que el objeto general de una ciencia sigue siendo el mismo, el cambio de puntos de vista y de métodos no es razón suficiente para cambiar también el nombre.»—*System, Vorwort*, § v-vi.

(2) *System*, pp. 77, sqq. 175, 176.

cio que compara, sino del conocimiento que concibe (1). Gracias á él, podemos definir y concretar el enlace lógico, no solamente el que corresponde á las experiencias actuales, sino también en el campo de las puramente posibles; y esta progresión más allá de toda experiencia real es no sólo legítima, sino que estamos obligados á hacerla, para completar los datos de la realidad.

Esta es la razón por qué nos es forzoso reconocer en el principio de razón suficiente una *extensión y aplicación universales*. Su carácter de ley, reguladora de toda explicación y análisis científicos, nos induce á hacer de él aplicación á todo el contenido, cualquiera que sea, y á todo objeto del pensamiento; y el que sólo le encontremos verificado en un número limitado de hechos observables, no puede ser razón bastante para detener la marcha de nuestro camino, allí donde la experiencia comienza á ser impracticable. «Sería absurdo exigir una conexión general de las partes del cosmos accesibles á la experiencia humana, desde el momento en que se desechara toda relación de la mismas con sus causas ó efectos inaccesibles á la experiencia» (2). El principio de razón suficiente presupone, según acabamos de ver, elementos enlazados, de modo que constituyan partes de un todo. Y si uno solo de los dos elementos se encuentra

(1) *Ibid.*, pp. 88-89.

(2) *System*, pág. 201.

verificado en la experiencia, será necesario ir á buscar el otro fuera de ella. La inteligencia humana tiene necesidad invencible de indagar y conocer la última razón de las cosas; siente dentro de sí misma la necesidad imperiosa de unificar todo su saber; y esta es la razón de por qué jamás se ha resignado á permanecer encarejada dentro de los límites estrechos del empirismo (1).

Semejante trabajo de unificación debe llevarse á cabo en un triple orden de ideas, á que corresponden tres *clases distintas de problemas*. La primera serie de nuestros conocimientos, cuyos últimos términos han de ser buscados fuera de la experiencia, es la de los conocimientos subjetivos ó inmediatos, que forman el objeto de la psicología; la segunda la componen los conocimientos objetivos de las ciencias de la naturaleza, y corresponden á la cosmología. Pero la diferencia entre el conocimiento psicológico inmediato ó subjetivo, y el de las ciencias de la naturaleza, que es mediato y objetivo, reposa sobre la distinción anteriormente expresada al comparar y oponer uno á otro estos dos conocimientos: el uno, el cosmológico, que prescinde del sujeto en los datos concretos de la actividad representativa, y el otro, el psicológico, que insiste al contrario sobre el aspecto subjetivo y genético de los mismos.

De este modo concebido el conocimiento,

(1) *Ibid.*, páginas 188-190.

¿podríamos separar de la representación el objeto, sin un acto de abstracción sobre el contenido de la misma, realmente uno é indivisible, pero susceptible, no obstante, de ser considerado según dos puntos de vista diferentes? Tampoco pueden dejarse coexistir estas dos series de conocimientos, antes bien, debe suprimirse toda dualidad, á fin de llegar al dato único de la experiencia. De aquí el nuevo trabajo que complete el anterior, cuyo resultado deberá ser la unificación de las dos series *cosmológica y psicológica* en una sola idea, *ontológica*; porque en cada uno de estos dos órdenes de ideas, será preciso, en definitiva, llegar á *dos ideas*: la primera de condición última, ó de *última unidad*, y la otra de *infinita totalidad* (1).

Las ciencias particulares exigen, pues, un complemento; ¿y no podrá hallarse en ellas mismas? No, contesta Wundt. El entendimiento, que es la facultad del conocimiento científico, no sale de la experiencia, ni tiene otra misión que explicar los hechos. Por el contrario, la razón traspaasa la experiencia; y si el entendimiento puede comprender el mundo físico ó el espíritu, sola la razón puede buscar sus causas. Cierto que uno y otro se sirven del principio de razón suficiente; pero «únicamente la razón puede cerciorarse de su valor universal» (2).

Para expresar los fines diversos que corres-

(1) *System*, páginas 179, 180 y 206.

(2) *System*, § 189.